

Carta de
Octavio Paz a
Jorge González
Durán



Casa del tiempo
presenta esta carta
de Octavio Paz a Jorge
González Durán, artífice
junto a Alí Chumacero, José Luis

Martínez y Leopoldo Zea de esa aventura editorial llamada Tierra nueva. Aunque de breve existencia, en Tierra nueva muchos pensadores hispanoamericanos encontraron el refugio intelectual en donde “el silencio de lo inédito descubre su primera voz”. En esta epístola —generosamente cedida para Casa del tiempo por Laura y Alejandro González Durán—, el autor de *Pasado en claro* describe los escollos durante su estancia en Estados Unidos, en donde residió merced a una beca Guggenheim. En el texto se atisban las condiciones en las que Paz peregrinaba por las calles de California y la indecible penuria que le acarreaba la ya desde entonces ominosa burocracia mexicana. Gracias a este texto podemos acercarnos a la travesía de Paz por los Estados Unidos de 1943 a 1945. Sirva este testimonio para dar un trazo más en la compleja personalidad de uno de los escritores más trascendentales de la literatura en español.

Berkeley, abril de 1944

Sr. Don Jorge González Durán
Palacio de Bellas Artes
México, D.F.

Querido amigo:

Hace algunos meses te escribí unas líneas, que no merecieron contestación. Como soy magnánimo te perdono. Leí en *El Hijo Pródigo* tus poemas: me gustó mucho la canción y así se lo escribí a Octavio Barreda. Encuentro en ella más poesía verdadera que en todos esos pretenciosos poemas que desde hace tiempo se vienen publicando en México. Hay en ella perfección fácil, hechizo y transparencia, es decir, naturalidad, única perfección a que puede aspirar un poeta. Lo otro, que también se llama “perfección”, no es sino exactitud, rigor abstracto, virtudes del que construye, no del que crea. Los sonetos me gustaron menos: los encuentro un poco indecisos —no con la indecisión de la poesía, sino, para ser más exacto, con la imprecisión de lo que no está totalmente expresado—. Me parecen, por otra parte, fragmentos. Y creo que eso son, porque ahora recuerdo que forman parte de una serie más extensa, de la que me has mostrado algunos. ¿No es así? Pero hay en tus sonetos algo que me gusta: no son joyas y pretenden ser flores. Esa debe ser, a mi juicio, la ambición del poeta: sus creaciones —¿esa es la palabra?— deben ser confundidas, al menos idealmente, con las obras de la naturaleza y no con las obras de los hombres. Por eso deben ser impersonales —como los árboles— y, al mismo tiempo, misteriosamente animadas, misteriosamente vivas. Las máquinas son muy “personales” —por decirlo así—, muy singulares y todas llevan en alguna parte el número, la marca, el nombre. Mas están vacías de verdadera personalidad. Un pino no tiene nombre, sólo vida.

Pero esta carta tiene un objeto bastante más mezquino que conversar acerca de tu poesía. Hace días recibí carta de mi tía; naturalmente es desoladora: ya está enredada en el laberinto de la burocracia mexicana. Me dice que sólo ha podido cobrar la primera quincena de diciembre (los dos empleos) y el mes de febrero (la clase). ¿Y la segunda quincena de diciembre? ¿Y el mes de enero? Eso se evaporó, se hizo humo, está guardado por una montaña de papel, otra de firmas, una muralla de acuerdos y oficios, un Sahara de ante-salas... Bien, allí se puede quedar.

Mi tía me dice que intentas —o intentabas— obtener una beca para mí. Muchas gracias. Y que el único obstáculo es el rumor, propalado por Barreda, de que yo me llevé mucho dinero de México. ¡Qué manía nacional! Me hacen mucho honor al compararme con Hernán Cortés. Aunque los juicios de residencia han resultado ineficaces desde la época de los virreyes, quizá en el caso de un poeta —de un aprendiz de poeta— sirvan para algo. Desde que estoy aquí he recibido doscientos cuarenta dólares, de estas fuentes: parte del dinero que me dio la Comisión Nacional Bancaria (tres meses de sueldo y un mes de gratificación —al que tenía derecho—). El resto de ese dinero

se gastó en el viaje. Educación, como sabes, sólo me ha pagado doscientos setenta y cinco pesos; y, por último, el Consulado de México me ha pagado cien dólares. Esta es otra historia: Padilla, gracias a una gestión de Valadez y Bodet, pensó que podría trabajar algunas horas en el Consulado, con un sueldo de cincuenta dólares al mes. (Empleado auxiliar: ese es mi destino, en todos los sentidos de la palabra). Desgraciadamente no he recibido el dinero de 1944; sólo he cobrado noviembre y diciembre y tengo mis sospechas de que ya no cobraré un centavo más. El género de vida que aquí lleva el Cónsul me lo hace pensar así. (El sueldo se me “paga” de los gastos extraordinarios del Consulado y el señor Cónsul los tiene en exceso). En suma, doscientos cuarenta dólares, en cuatro meses: sesenta dólares mensuales. Mi beca es de 165 (dos mil anuales); por lo tanto, he vivido con mi familia a razón de doscientos veintiocho mensuales. El sueldo medio de un obrero —y todos trabajan, el marido, la mujer y hasta la abuelita— es de trescientos dólares. Mi situación es bastante envidiable. Ya no recibiré el dinero de la Bancaria (sólo era por tres meses). Tampoco el de Educación y muy probablemente ni el del Consulado. Yo había pensado vivir con doscientos treinta y cinco dólares, es decir lo mínimo: mi beca, cincuenta del Consulado y veinte de Educación. Gustosamente prescindo del dinero de Educación: no quiero empobrecer a la Nación, además de que me parece una inmoralidad que mientras mis amigos ganan mil pesos yo pretenda, sin hacer nada,

ganar cien. No hay por qué molestar a Pellicer —al pobre el Gobierno nunca le pagó un viaje y esa es una de sus amarguras— ni menos a Torres Bodet: responderá, y con toda razón, que ya tengo bastante con los cincuenta dólares que no me paga el Cónsul —y con la pequeña obligación de pronunciar discursos en cada fiesta que organiza con una diligencia que más aprovecharían los braceros—. Olvidaba decirte el nombre del Cónsul: don Alfredo Elías Calles.

Esta carta ha resultado mezquina, es cierto, olvídala y olvida también a tu amigo, que prefiere siempre leer tus poemas a tus oficios. Hace años, cuando empezaba a escribir, Novo —que aún no escribía su *Diario de Entradas y Salidas*— me dijo con cierta melancolía: “Me gusta lo que escribes. Ojalá se conserve puro. Y, sobre todo, no acepte empleos. Véase en mí”. Empleos, periodismo: esas son las alternativas. Shelley, por lo menos, tenía una pensión... y genio. Nosotros, ni lo uno, ni lo otro. Pero Vasconcelos dijo una vez que todos los mexicanos teníamos genio a los dieciocho años. Y, yo agrego, después tenemos empleos. Muchos empleos, tantos que ya no queremos tener uno más. Por favor, ya no gestiones nada: me basta con tu amistad y con tu olvido. Cuando te acuerdes de mí lee, si no te arredra, el menos malo de mis poemas: de esas cenizas quizá puedas rescatar una pequeña chispa.

Te quiere
Octavio Paz

Condolencias por la muerte de Jorge González Durán

A 19 de agosto de 1986

Querida Pina:

Apenas hace dos días, por Jaime García Terrés, nos enteramos de la triste noticia. Estábamos fuera, en Buenos Aires. Anoche José Luis Martínez, al que llamé por teléfono, me contó lo sucedido y me dio tus señas. ¡Qué lejos estamos los unos de los otros! Esta terrible ciudad deshace todos los vínculos y nos aísla...

Ya te imaginarás mi pena. Siempre recordaré la clara inteligencia de Jorge y su rectitud. Tú y él están unidos a un periodo de mi vida que no me será nunca fácil olvidar. Aquellos días de París —los de nuestra segunda juventud— fueron años de aprendizaje e iniciación pero también y sobre todo de amistad.

Salimos en dos días hacia España, pero a mi regreso espero verte y hablar contigo. Mientras tanto, reciban tú y tus hijos las sinceras condolencias de Marie José y las mías, así como nuestro afecto.

Tu amigo
Octavio Paz